

condición»), pero en general las existentes se caracterizan por su pertinencia y concisión. En un trabajo con tal cantidad de textos antologados, es lógico que en alguna ocasión se produzcan reiteraciones de notas («jubón», notas 32 y 160; «convertir el agua en vino», notas 54 y 163; «aviso», notas 145 y 383; «higa», notas 97 y 485), pero estos pequeños lapsus no merman en absoluto su calidad, como puede comprobarse especialmente en poemas como el primero de Góngora («Grandes más que elefantes y que abadas», p. 146) o el soneto *A Apolo, siguiendo a Dafne* de Quevedo (p. 206), composiciones no precisamente sencillas y cuyo sentido queda, sin embargo, perfectamente explicado al lector a través de la brillante anotación. Hemos valorado en grado sumo, además, el hecho de que uno puede encontrarse en esta antología con varias notas en las que se reconoce la incapacidad del propio editor para explicar un chiste o un pasaje determinado, índice de la honestidad con la que se ha realizado la edición y que en muy contadas ocasiones se hace, dejando al lector con la duda de si el pasaje o el chiste es tan palmariamente claro que no merece explicación alguna.

No podemos pues, por tanto, finalizar sin alabar el trabajo realizado por Ignacio Arellano y Victoriano Roncero, tanto por la rigurosidad con que ha sido llevado a cabo como por la necesidad y pertinencia de la publicación, que nos permite ubicar y valorar por fin en su justa medida la relevancia que la poesía satírica y burlesca tenía en la creación literaria de nuestro Siglo de Oro.

María J. Caamaño Rojo

Quevedo y Villegas, F. de, *La vida del Buscón*, intr. R. Navarro, ed. M. Rodríguez, Barcelona, Ediciones Octaedro, 2001, 280 pp.

Rosa Navarro afirma al final de su introducción que el *Buscón* «es la obra más leída y editada de Francisco de Quevedo» (51). Nadie puede poner en duda semejante afirmación, pues no hay editorial con una colección de clásicos españoles que no tenga una edición de esta novela. No digo esto como crítica, porque sin lugar a dudas nos hallamos ante una de las obras más interesantes de nuestra larga y rica historia literaria que merece ser conocida y leída por todos aquellos que quieran conocer nuestras obras maestras. Por ello creo que debemos recibir cualquier edición del *Buscón* con un gran interés y aplauso, sobre todo cuando, como es el caso de la presente, se trata de una cuidada y acertada edición y estudio del texto quevediano.

La introducción constituye un magnífico resumen de las principales opiniones sobre los temas que más preocupan a todos

aquellos que nos hemos acercado a la novela quevediana, aunque dentro de este resumen también se aprecian las teorías que defiende Rosa Navarro. Comienza la autora con un breve resumen biográfico del autor, en el que se destacan las que fueron sus dos vocaciones: la literatura y la política. Se hace hincapié en su extraordinaria cultura que lo convirtió, aunque le pese a algunos, en uno de los humanistas más interesantes y sobresalientes de la España de la primera mitad del siglo XVII. En este apartado sólo citaríamos una omisión importante: la no mención de la recientemente descubierta *Execración contra los judíos*, obra fundamental para analizar el progresivo alejamiento de Quevedo del conde-duque de Olivares y de su política.

Pero adentrándonos ya en el análisis de la novela, tenemos un primer apartado dedicado a uno de los temas sobre el que más tinta se ha vertido: el texto. Rosa Navarro resume con gran brevedad las principales teorías sobre la existencia de una o varias versiones de la novela, así como sobre la que se considera como última versión. Acepta la teoría de Alfonso Rey de que la edición de la obra publicada en 1626 en Zaragoza fue autorizada por el propio Quevedo, y recuerda cómo este quevedista afirma la existencia de al menos cuatro versiones de la obra, todas ellas revisadas por el propio autor. Reconoce, como se viene manteniendo desde la publicación de la edición de Edmond Cros, que la versión definitiva es la que aparece recogida por el manuscrito B, que se conserva actualmente en la Fundación Lázaro Galdiano, que es, como veremos, la que se reproduce en esta ocasión.

Otro de los temas sobre el que más hemos discutido los quevedistas que nos hemos acercado al *Buscón* tiene que ver con las fechas en que Quevedo escribió la novela. Después de revisar las distintas teorías y exponer los puntos en que cada una de ellas se basa, apunta que la primera versión pudo ser compuesta en el período comprendido entre 1603 y 1626, aunque considera como fecha más probable la de 1604. Por lo que respecta a la versión definitiva no proporciona ninguna hipótesis, pues carecemos de datos que nos permitan fecharla.

El tercero de los apartados lo dedica al tema de las distintas interpretaciones que ha despertado la novela. De nuevo aquí comienza exponiendo las distintas aproximaciones que se han hecho a este aspecto de la obra. Destaca las teorías de Lázaro Carreter, de Alexander A. Parker y de Gonzalo Díaz Migoyo, como representantes de las tres más importantes; es decir, el *Buscón* como obra de arte, moralizante o social. Rosa Navarro resume su posición con las siguientes palabras: «*El Buscón* es una obra sin tesis; la posible moralización, la reflexión sobre la honra quedan barridas por la ironía, por el artificioso y continuo juego verbal», para añadir a continuación que «la risa es su objetivo» (26). Creo que, como ya

he escrito en otras ocasiones, el hecho de que uno de los objetivos de la novela sea la risa, no es óbice para que exista una intencionalidad social, porque, no debemos olvidar, que un mensaje transmitido a través del humor puede ganar en efectividad: Quevedo usa el humor como un arma para que su idea de una sociedad en peligro pueda llegar más fácilmente al público al que pretende dirigirse.

Pero frente a un sector de la crítica que piensa que la novela la conforman una serie de episodios sin ningún tipo de hilación, Rosa Navarro sí observa una estructuración en el relato, que divide en tres etapas: la primera es una etapa de formación, lo que se llamó la «escuela de la vida»; la segunda, aquella en la que el protagonista pretende borrar su origen, convertirse en otra persona gracias al dinero, y la tercera, la que culmina en Sevilla. Después de esto, Navarro concluye que nos encontramos ante un relato estructurado, cuyo valor reside en el juego verbal (28).

El siguiente apartado se dedica al análisis del relato, en el que destaca que «la autobiografía del pícaro da unidad a la obra y la hace reconocible» (29). A continuación, estudia algunos de los elementos que constituyen el desarrollo del relato picaresco. El primero de ellos se centra en el origen y aprendizaje de Pablos, en el que destaca varios temas fundamentales: el de la honra, el del hambre y el despertar de la inocencia. El segundo recoge el cobro de la herencia, en cuyos capítulos Quevedo se muestra como un maestro en la pintura de personajes ridículos (arbitrista, maestro de esgrima, clérigo poeta, soldado fanfarrón, ermitaño fullero y banquero genovés). El tercero desarrolla la vida del protagonista en la corte madrileña, durante la cual vemos desfilar al colegio de los buscones, y asistimos a su último y desesperado intento por lograr su deseo de ser un caballero. La última de estas etapas del relato narra su consagración como un rufián. Este apartado concluye con la vuelta de Rosa Navarro a su idea de la intencionalidad artística de la novela, de la que afirma que es un prodigio de ingenio burlesco.

Cierra la introducción una bibliografía en la que se recogen prácticamente las mejores ediciones de la obra desde la magnífica edición de don Fernando Lázaro Carreter hasta la de Victoriano Roncero de 1999. Quizás en este apartado se podrían haber suprimido las dos ediciones del *Buscón* de Pablo Jauralde, llenas de errores de interpretación y que no son aptas para el tipo de público al que se dirige la presente edición. Un importante acierto de la autora es la inclusión de una bibliografía comentada en la que aparecen «algunos estudios esenciales y fáciles de consultar» (53). De esta manera el lector no especializado en Quevedo puede acudir a la consulta de los trabajos que lo introducirán en el complejo y sugestivo mundo de la novela quevediana.

La segunda parte del libro es la edición de la novela que ha llevado a cabo de una manera muy acertada Milagros Rodríguez. La editora ha tomado como base, y como es habitual desde los años ochenta, el manuscrito B que, como ya he comentado, se conserva en la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid. A este manuscrito ha añadido únicamente la carta dedicatoria que aparece en los manuscritos S y C «porque justifica la forma epistolar de la novela» (63).

Milagros Rodríguez ha tenido en cuenta para su anotación las ediciones modernas de mayor interés, incorporando a sus notas el resultado de las investigaciones de sus antecesores en la ardua tarea de editar la novela. Por todo ello podemos afirmar que nos encontramos ante una muy completa anotación de uno de los textos más complicados de la literatura española. A esta anotación pocos peros pueden ponerse. Yo me atrevería a señalar dos o tres errores. El primero de ellos tiene que ver con una mala lectura que se ha perpetuado en las ediciones; se trata de «esteraran el tragar» en lugar de «estezaran el tragar», como de hecho se lee en el manuscrito. El segundo es que en la anotación de «privada» (78) se le ha olvidado mencionar que esa palabra también significaba, como recoge *Autoridades*: «plasta grande de suciedad o excremento echada en el suelo o en la calle». El tercero se refiere a la anotación de «caja de guerra» (99), que eran los tambores militares con que los reclutadores atraían a los mozos para reclutarlos, que es lo que significa la frase «hacer gentes» que viene a continuación en el texto. Pero esto no desluce en absoluto una anotación completísima que permite al lector no especializado en la obra el sumergirse en el complejo y rico mundo quevediano.

Por todo lo dicho, creo que nos hallamos ante una muy buena y recomendable edición de la novela picaresca de Francisco de Quevedo. Tanto la introducción como la edición del texto están muy cuidadas, tienen en cuenta las investigaciones y los resultados de los editores anteriores, añadiendo su propia visión de la obra, haciéndola al mismo tiempo asequible para los lectores que se acercan por primera vez a esta obra maestra de nuestras letras clásicas.

Victoriano Roncero López

Vivar, F., *Quevedo y su España imaginada*, Madrid, Visor Libros, 2002, 167 pp.

De unos años a esta parte la producción de ediciones y estudios sobre Quevedo y su obra ha conocido un gran auge, fenómeno en el que tienen mucha culpa esta revista y su sección de Anejos. Los libros y artículos publicados nos han acercado más a esa compleja literatura quevediana de la que hablaba Jorge Luis Bor-